

SERMON
DE
NUESTRA SEÑORA DE LA SOLEDAD.

(DE ALMEIDA.)

Quo abiit dilectus tuus, ó pulcherrima mulierum, et quæremus eum tecum?

¿Á dónde ha ido tu amado, ó la mas hermosa de las mujeres, y le buscaremos contigo?

Cantares, c. 5. v. 17.

Señora, todo este devoto y enternecido pueblo ansioso, compasivo y afligido busca vuestro templo: con los ojos arrasados en lágrimas y los semblantes tristes se postran humildes ante vuestro trono, y dan un testimonio público de su íntima aflicción con la memoria que hoy se hace de vuestra soledad. Cuando levantan los ojos á esa devota imágen, se les va el pensamiento al cenáculo, y cuanto se les representa á la consideración, conduce á formar la mas clara y triste idea de lo mucho que padeció vuestra alma en aquella funesta noche. Mi pensamiento os considera con la corona de espinas en las manos, ve á un lado y á otro los cordeles teñidos en sangre, ve los duros clavos y los demas instrumentos de la pasión, que recogisteis devota en el Calvario. Miro esas inocentes manos teñidas en divina sangre, los vestidos salpicados de la misma, y hasta vuestro hermoso rostro está con sangre, por haberlo reclinado amorosa sobre el sacrosanto cadáver ensangrentado; pero no veo á vuestro Hijo; os veo sola. ¿Pues á dónde, ó hermosísima entre todas las mujeres, á donde se ausentó vuestro Amado?

Bien sé, Señora, que me habéis de responder: murió mi Hi-

jo, su alma descendió al limbo de los santos patriarcas, su cuerpo está en el sepulcro, y yo me hallo sola. ¡Ah, quién pudiera conocer los interiores movimientos de vuestra alma en la ausencia de un Hijo tan amado! ¡Los discursos de vuestro pensamiento, los afectos de vuestro afligido, mas no turbado corazón! ¡Quién pudiera oír los tiernos y sentidos coloquios que tuvisteis durante esa triste soledad, ya hablando con el eterno Padre, ya con el Hijo ausente, ya con los hombres, causa de tantos males! ¡Oh, qué escuela seria para vuestras penas y trabajos vuestro rendimiento y conformidad, y qué estímulo para nuestra compasión vuestro dolor! Yo siento que me enternezco y todas mis entrañas se compungen, cuando paro el pensamiento sobre lo que pasaria por vuestro afligido corazón en esta soledad: puede ser, hermanos, que estas consideraciones estén haciendo el mismo efecto en vosotros. Permitidme, Señora, que comunique á mis oyentes las ideas que me ofrece el entendimiento, y les represente vuestra alma como yo la considero en esta triste soledad, llena al mismo tiempo de merecimiento y aflicción, de angustia y conformidad. De este modo hallarán la respuesta á la pregunta que os hice sobre la ausencia de vuestro Amado en nombre de este devoto concurso.

Sé que tomando en mis impuros labios vuestras limpias y decentísimas palabras las profanaré; mas habiendo de instruir á mi auditorio y animarle en los trabajos, y teniendo que moverle á los mas tiernos afectos, ¿omitiré el pintar vuestra extremada pena, por no tener pincel digno de vos? ¿He de privaros del consuelo que esperáis de nuestra enmienda, por temor de escandalizar á los oídos delicados? No, Señora: si se permite al tosco buril ó á los groseros instrumentos dibujar vuestra afligida imágen para movernos á compasión, no dejaré yo de pintar los afectos de vuestra alma, que mueven mas que la figura. Ayudadme, madre afligidísima, en tan ardua empresa; inspirádme pensamientos propios de vuestra alma santísima y de vuestro inexplicable dolor; ponéd en mi boca vuestras palabras, pues Jesucristo me ha hecho órgano de las suyas; aquellas palabras, digo, con que vuestro corazón desahogaria su pena en esta triste noche. Hablad, Señora, que vuestro siervo os escucha (1): y vosotros, hermanos míos, oíd atentos lo que la Vir-

(1) 1. Reg. c. 3. v. 9.

gen os dice por mi indigna boca; mas primero disponéos con la divina gracia. *Ave María.*

PARTE PRIMERA.

Muerto y sepultado el Señor, ungido devotamente con preciosos aromas el sacrosanto cadáver, cerrado el sepulcro con una gran piedra, se me representa la virgen María retirada en el cenáculo, sola con su Dios, llena de amargura y absorta en la contemplacion de tantos misterios. Allí postrada delante del Altísimo, desahogaria su alma con estos ó semejantes afectos.

«Sí, mi Dios; cúmplanse en mí enteramente todos los decretos de vuestra santa sabiduría. Sí, mi Dios, yo adoro, yo adoro las disposiciones de vuestra altísima providencia, y mi alma consternada se arroja de buena voluntad al fuego en que querria sacrificar mi espíritu como holocausto del dolor. Justo sois, Señor, y rectos son vuestros juicios (1). Murió vuestro unigénito Hijo, aquel amable Jesus, de quien me elegisteis madre por vuestra inefable dignacion; murió en un patíbulo afrentoso á manos del odio y de la mentira; murió á manos de su pueblo, á las de sus propios hijos, é hijos míos. Bendito sea vuestro santo nombre, Señor, bendito sea. Clavád ahora, ó santo Simeon, esa dura espada en lo íntimo de mi alma; esa dura espada que en el templo me profetizasteis, hiera y traspase, pues es del agrado del Señor: acompaÑe yo con este sacrificio, aunque tan sensible, el doloroso sacrificio que acaba de hacer mi hijo Jesus en el Calvario: *Ved aquí la esclava del Señor: hágase en mí segun su voluntad* (2); y si no despreciáis, mi Dios, *un corazon contrito y humillado* (3), aceptád el mio, pues lo veis herido de vuestra misma mano en el altar de la cruz, en que mi Hijo espiró.»

«Para probar mi fe, ó Dios mio, me pedisteis el sacrificio del Hijo, como sucedió á Abrahan; aquí tenéis el de la madre: me pedisteis el Hijo que yo amaba con todo el corazon; aquí tenéis tambien el corazon con que le amaba, le amo y eternamente le amaré. Bien veis, Señor, cómo arde en vuestro amor y en el suyo: ponéd benigno los ojos en esta víctima de amor que os

(1) *Psalm.* 118. v. 137. (2) *Luc.* c. 1. v. 38. (3) *Psalm.* 50. v. 19.

ofrezco en holocausto. Á mí, á mí, Señor, mas que á Abrahan se dirigian las palabras que le dijo el ángel (1): *toma á tu hijo, el hijo que amas, y ofrécele en holocausto*; pues no era Isaac, sino Jesus, la víctima que habia de ofrecerse en el monte; no era el amado Isaac, sino el sumamente amable Jesus, no era el hijo de Abrahan, sino vuestro Hijo, y, por vuestro gran favor, Hijo mio. Aquel sacrificio fué figura del que yo os ofrezco: yo, como el padre Abrahan, le acompaÑé subiendo al monte que vos habiais destinado; yo le seguí, cuando encorvado y oprimido llevaba sobre sus hombros la leña para el holocausto; yo le vi, no atar, sino clavar en el madero de la cruz. ¡Mas cómo, Dios y Señor mio, no enviasteis un ángel que suspendiese el golpe! Se completó en Jesus el sacrificio que solo se intentó en Isaac; quisisteis que mi Hijo fuese el cordero que, preso entre las espinas, experimentó el duro golpe destinado para Isaac. Si tan agradable os fué, Señor, el sacrificio de vuestro siervo Abrahan solo intentado, agrádeos el sacrificio completo de esta esclava vuestra. Abrahan por vuestro amor no perdonó á su amado hijo, y yo por el mismo amor os he sacrificado el mio, que era sumamente amable. ¡Ay adorado Hijo mio, y qué amable erais! Aún muerto os amo, muerto os venero y os adoro, porque sois mi hijo, mi señor y mi Dios. Espirasteis en la cruz; pero vivís en mi corazon, y en él viviréis eternamente. Lo ménos era el ser mas hermoso en la figura que todos los hijos de los hombres (1), y el haber Dios derramado gracia particular en todas vuestras palabras. ¡Aquel suave y amoroso trato con esta humilde criatura, aquella sincera y rendida obediencia á esta indigna esclava! ¡Ay, dulce Hijo mio, qué soledad siento en mi corazon! Por vuestra sabiduría en los consejos, vuestra mansedumbre en las palabras, vuestra prudencia en las acciones, ¡quién podria dejar de amaros, ó suma y adorable perfeccion!»

«¡Mas qué poco es lo que veían los mortales en comparacion de lo que yo llegaba á ver por privilegio del Altísimo! Yo estaba viendo en vuestro bellissimo rostro los resplandores de la divina gracia, aquella bellissima luz que bañaba vuestra purísima alma: yo veía brillar en vos la luz increada del divino Verbo, y las luces inefables de aquel lleno de divinidad que habitaba en vos

(1) *Gen.* c. 22. v. 2. (2) *Psalm.* 44. v. 3.

corporalmente (1) : yo veía vuestro tiernísimo corazón, querido Hijo y Señor mio, y el amor con que me amabais : yo veía innumerables títulos para merecer todo mi corazón y mi amor. ¿cuándo os pagaré el haber puesto los moribundos ojos desde la cruz en vuestra esclava, cuando vuestra alma se hallaba en la mas cruel angustia y en aquel terrible desamparo, que os obligó á clamar en voz alta á vuestro amante Padre? En la fuerza de este desamparo os acordasteis del mio, y conmovidas vuestras compasivas entrañas, me proveisteis de otro hijo. Yo veía que cuando se vertía toda la sangre de vuestro cuerpo, la dejabais por mí correr gustoso, por ser el precio de los privilegios que el eterno Padre me habia ántes concedido. Nunca conocí, como cuando estabais en la cruz, lo mucho que amasteis á esta humilde criatura; mas cuando mejor os conocia, entonces os perdí, amado Hijo; pero no perdí el amor. Dejádme consolar, repitiendo aquella dulce palabra con que viviendo queriais que os nombrase esta vuestra esclava : *Hijo mio.* »

« Pero ya hoy los hombres me merecen este nombre que les dejasteis en testamento en la persona de Juan. ¡ Mas ay, que desfallece mi corazón, gime la naturaleza y el ánimo muestra su debilidad! Ya no me llaméis madre; mi hijo ya no es el Hijo de Dios, sino el hijo del Zebedeo. Mas sea así, Señor, y á pesar de mi pena, cúmplanse en mí vuestros designios : sí, mi Dios, los hombres son ahora mis hijos. Vos me los disteis, y yo los amaré por vuestro amor; en ellos os veo y considero : este solo título, por habérselo vos dado, es suficiente para que yo sienta en mi corazón un amor y un afecto de ternura para con ellos, cual no lo sentirá madre alguna para con los mismos que llevó en sus entrañas. Es verdad que ellos os quitaron la vida con la alevosía mas ingrata, y acaban de cometer un sacrilegio, que llena todo el universo de horror : yo los vi (Dios y Señor mio, confortád mi alma!), yo los vi crucificaros con saña inexplicable; y no obstante eso los amo. Vos los amasteis con tal exceso, que en un patíbulo afrentoso disteis por ellos la vida; y así tambien yo los quiero amar. ¡ Quién me concediera que en obsequio vuestro permitiesen los divinos decretos, que yo tambien diese por ellos la vida! Gustosa buscaria por su amor la muerte mas cruel y los mas afrentosos tormentos; y pues vos, Señor

(1) *Coloss. c. 2. v. 9.*

los amasteis, jamás tendrá mi corazón sino los mismos afectos, que el de mi Hijo. Si di sincero consentimiento para vuestro sacrificio en la cruz, sujetándome á los decretos del Padre, ¿ con cuánta mas voluntad sacrificaría yo mi propia vida al amor de esos hijos míos, que me habéis dado en la cruz, ¡ Oh, si desde hoy os amasen por tan gran fineza! »

« Mi alma se llena de esperanza, porque puede ser que, desde hoy en adelante amen á Jesús los hombres; ¡ y qué gloria sería para aquel divino corazón, si viera entrar por él los hombres que tanto amó, por los que suspiró y por los que verdaderamente murió! ¡ Cuándo llegará el cumplimiento de aquella promesa de mi Jesús : *Si yo fuese levantado en la cruz, todo lo he de traer á mí!* (1) En los santos libros veo escrita esta afectuosa petición : *Dame, hijo mio, tu corazón; dámele á mí* (2). Por amor de este corazón, por el amor con que nos lo pide y desea, bajó el Verbo divino desde el cielo : con este sagrado fuego en las manos anduvo entre los hombres por espacio de treinta y tres años, siempre con deseo de encenderlo en sus corazones. Para comprar este amor de los hombres, no se detuvo en el precio; hoy les dió toda su sangre y vida, y ántes en la cena les habia dado el alma, la divinidad, y hasta el mismo corazón con que los amaba. »

« ¡ Pero, santos profetas, qué tristes son las profecías que hallo en vuestros libros! Estas me representan todos los siglos futuros, y veo en la mayor parte de los hombres odio contra mi Hijo, odio en lugar de su amor : *Odium pro dilectione mea* (3). ¡ Ay, Hijo y señor mio, que este golpe es mas penetrante que todos los precedentes! Confortád el corazón de vuestra esclava, si queréis que sin perder la vida tolere este veheméntísimo dolor. Prodigio ha sido de vuestro brazo que yo viva viendo á mi Hijo muerto; pero mayor prodigio es que yo pueda vivir, si los hombres no aman á mi Hijo. »

« Permitidme, Padre eterno, exponer mi dolor en vuestra presencia, porque solo vos sois mi recurso. ¿ Á quién tengo yo sino á vos, á vos, que tambien le amáis, y que sentís tambien que no sea amado de los hombres; á vos, que sois su Padre, y sabéis el amor que depositasteis en el pecho de esta afligida madre? Dejádme comunicar con vos el motivo de mi mayor do-

(1) *Joann. c. 12. v. 32* (2) *Prov. c. 23. v. 26.* (3) *Psalm. 108. v. 5.*

lor y vuestro. ¡Es posible, Dios y señor mio, que acabando de morir por el hombre vuestro Hijo, los hombres no le amen! ¿Qué hallan en él, ó por qué defectos le niegan el amor, que por tantos títulos le deben? Los rescató de la esclavitud del demonio y de las penas del infierno á las que estaban ya condenados, y ¡todavía no le han de amar! Los rescató á costa de dolores y de injurias con su sangre y con su vida, y ¡han de poder dejar de amarle! La espada de vuestra ira ya desenvainada, aquella espada misma que de un golpe perdió para una eternidad á los ángeles rebeldes, iba ya á caer sobre los hombres para castigarlos como lo merecian sus culpas, se puso por medio vuestro Hijo y mio para socorrerlos, y descargando sobre él vuestra justicia, quedó traspasado y muerto; y ¡podrán negarse á su amor! Él los amó con tanto exceso, que previniendo sus ingratitudes, no determinó morir hasta haberles prevenido en los sacramentos el remedio para aplacar en todo tiempo vuestra ira, sabiendo que de nuevo os habian de ofender; y ¡no le queréis amar! Aún despues de muerto quiso darles nuevas pruebas de su amor: yo vi rasgar su pecho sacrosanto; yo vi abrir aquel amante corazon, y vi que lo dejó abierto para los hombres, porque queria recibir en él á los mismos que se lo traspasaban; y ¡no le han de amar!»

« Cuando vosotros, ingratos hijos, le rasgáis con vuestras culpas el sagrado pecho, él os estrecha con amor entre sus brazos, y os quiere recoger en el seno de su misericordia, ofreciéndos el perdon y volviendo bien por mal; ¡y no le habéis de amar! ¿Qué mas pedís, ó mortales, para amar á Jesus? Antes os habia dado en la eucaristía su verdadero corazon ardiendo en amorosas llamas; y ¡ahora no le queréis dar el vuestro! Quiso visitar vuestras almas y entrar en el pecho de cada uno de vosotros, extendiendo á todos la fineza que ejecutó con su esclavo, cuando vino á mis entrañas; mas ¡ay, que no sabéis las felicidades que me vinieron con su visita! y todavía no le queréis amar! Yo, hijos míos, si es preciso, cedo por mi parte de aquel amor que me debéis, y amád á mi Jesus, amádle sobre todo: si habéis de ser ingratos, sedlo ántes conmigo que con él. Yo, Hijo mio, os amo con todo el amor que os niegan los hombres; dadme á mí sus corazones, que quiero amaros, Hijo mio, con los corazones de todos, y por todos los hombres quiero amaros. »

« Mas en donde está mi Amado? á dónde se ausentó? En esta oscura noche de mi soledad deseo y busco al que ama mi alma, y no le hallo (1). Si miro el cenáculo, solamente veo memoria de las prodigiosas finezas que allí obró, y con ellas es mayor la pena de la soledad que siento. Si miro á las calles de Jerusalem, al pretorio y al Calvario, veo su sangre vertida, pero no veo á mi Amado. Si miro á la cruz, patíbulo infame, tampoco le veré. Si vuelvo los ojos al sepulcro, una gran piedra me oculta el sagrado cadáver, y no puedo ver á mi Hijo. ¡Ay, Dios eterno, y qué estrago hace en mi pecho la palabra de Hijo, en otro tiempo tan dulce! Murió mi Hijo; ya no tengo Hijo. Padre amoroso, volvé á mí vuestros ojos, pues yo, como mi padre David, pongo en vuestra presencia la soledad que siento, y mis gemidos no se os ocultan: mi corazon está atribulado, porque me dejó el que era toda mi fortaleza, y la luz de mis ojos ya no está conmigo (2). »

« ¿En dónde estás, ó alma bienaventurada? á dónde te has ausentado? Penetraste los abismos y descendiste al seno de Abraham. Santos patriarcas y profetas, gozad de la compañía de esa alma bendita de vuestro Rey y Salvador. ¡Quién me concediera, ó Jacob, poder como tú decir (3): *Bajaré librando hasta el infierno por ver á mi hijo!* Si Dios así lo dispusiera, ¡qué suave y gustosa me seria la muerte por acompañarle hasta los abismos! Mas ¡cómo, alma santísima, así me habéis dejado viva! Dabais vida al cuerpo sacrosanto de mi Jesus, que se habia formado en mis entrañas, y animabais al mismo tiempo mi corazon por una extraña union de amor; y cuando dejasteis sin la vida aquel santo cadáver, no debiera yo quedar viva tan distante de mi Hijo: cuando yo tenia el dulce consuelo de oír vuestras doctrinas, deciais que aquel que recibiese la celestial comida de vuestro cuerpo, habia de vivir por vos (4). Yo os tuve nueve meses en mis entrañas, y entónces viviais por mí, como verdadero Hijo mio: razon tenia yo para vivir solo por vos, y morir con vos. »

« No obstante, padezca yo, Señor, si es de vuestro agrado, y padezca esta cruel separacion, y véame yo, como me veo, distante del alma bienaventurada de mi Jesus. ¡Ó espejo clarísi-

(1) Cant. c. 3. v. 1. (2) Psalm. 37. v. 10. (3) Gen. c. 37. v. 35.

(4) Joann. c. 6. v. 58.